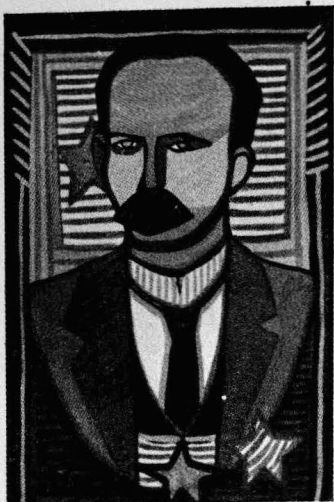




Conocimiento y desconocimiento

José Martí es admirado en toda nuestra América, pero su obra literaria y su pensamiento político sólo han llegado a una minoría y no son conocidos sino a medias. Sin que falten críticos que estudian al poeta y al prosista y estadistas que evocan al pensador, puede decirse que sigue siendo, en gran medida, un estandarte cuando no un lugar común.

Sin embargo, su nombre no sonó, durante su vida, menos que el de sus más ilustres contemporáneos. Su estancia en tres países hispanoamericanos, sus viajes de propaganda por el Caribe y, sobre todo, su larga y copiosa colaboración en las más importantes publicaciones del continente, dieron a su pluma y su palabra insuperable campo de acción. Pruebas del reconocimiento de que gozó son los elogios de Manuel Gutiérrez Nájera,¹ su devoto admirador desde que en México convivieron; la encendida alabanza de Domingo Faustino Sarmiento cuando lee una de sus crónicas neoyorquinas —“en español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí y, después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal”²—; y el ansia de Rubén Darío, en sus mocedades de Chile, por “poner en verso las grandezas luminosas de José Martí”.³ Y a la hora de su caída en la manigua de Dos Ríos se oyen la desolada queja del mismo Darío en *La Nación* de Buenos Aires —“el fúnebre cortejo de Wagner exigiría los truenos del Tanhauser para acompañarlo a su sepulcro: pero ¡oh Maestro, qué has hecho!”⁴ la dolida lamentación de Justo Sierra —“quién pudiera volvernos redivivo al gran poeta, al soberano artista”⁵—; el tributo de Enrique José Varona⁶ junto a la emigración cubana que Martí galvanizó en Nueva York y, allí mismo, en las columnas de *The Sun*, el homenaje de Charles A. Dana.⁷

La nómina de los escritores que han estudiado o mencionado su trascendencia en las letras hispanoamericanas va de Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina a José Vasconcelos y Alfonso Reyes, de Manuel Sanguily y José de Armas y Cárdenas a Juan Marinello y Jorge Mañach, de José Enrique Rodó y Leopoldo Lugones a Gabriela Mistral y Ezequiel Martínez Estrada, de Miguel de Unamuno y Federico de Onís a Enrique Díez-Canedo y Juan Ramón Jiménez, de José Asunción Silva y los García Calderón a Rufino Blanco Fombona y los Henríquez Ureña, sin contar a los poetas que hoy lo cantan en Cuba y fuera de ella y a los eruditos que lo examinan en universidades y academias de todas partes.

Quien quiera conocer los hitos de su bibliografía y leerlo todo o en parte, puede utilizar las *Fuentes para el estudio de José Martí*,⁸ de Manuel Pedro González, y la *Bibliografía martiana*,⁹ de Fermín Peraza Sarausa; los setenta y cuatro tomos de las *Obras completas de Martí*,¹⁰ de la Editorial Trópico, o los dos voluminosos, en papel biblia, de la Editorial Lex;¹¹ la *Antología crítica*

de José Martí,¹² de Manuel Pedro González, y *José Martí: esquema ideológico*,¹³ del mismo González y de Ivan A. Schulman.

Su fama literaria, pues, no encontró más límite, en vida suya, que su insistente empeño de que se le viera como el abanderado de la causa cubana. Al elogio que se le hace como tribuno contesta que “todo esto es ridículo y pueril cuando el que tenga esas condiciones no las emplee en el servicio público con el pudor y la majestad, con la suprema pureza de que los hombres se han de investir antes de hablar y obrar en las cosas de la patria”.¹⁴ Escritor de raza y de oficio, lo cultivó con tesón y esmero, y sin agravio para su modestia supo su valor en la nueva literatura; pero más le importó siempre su misión política y moral sobre la tierra. Su deseada muerte —a caballo, bajo el sol de Cuba y frente a las descargas de la fusilería española— acabó de anteponer la estampa del héroe a la del escritor. Y a su apostolado y a su inmolación vino a sumarse, para colmarlos por otros caminos, esto es, de manera impura, la menguada razón común que no alcanza a concebir que quien se sacrifica por un ideal de justicia pueda ser un hombre de genio.

Pero el “soberano artista”¹⁵ resplandece cada día más en el cielo de nuestras letras, lo que nada quita sino mucho agrega al sitio que con igual grandeza tiene como “guardián impenetrable de América”¹⁶ —así vio a Juárez— en el cielo de las libertades humanas.



El escritor

Martí es, por encima de todo, un escritor original. Fue hombre de excepción y, además, un predicador de la sinceridad, de la autenticidad. Ennoblecó el oficio de hombre y le subordinó el de escritor: precisamente por esto, todo es sustancia autónoma en su literatura; aun lo que pueda parecer añadido o exceso ornamental.

Por lo mismo es muy difícil buscarle al escritor sus huellas literarias. No es que no las lleve. Su originalidad es doblemente válida porque las guarda en la entraña viva, no en una página de papel. Sabemos que fue hombre de profusa lectura y de firmes devociones éticas y estéticas. Su misma condición mesiánica pudo encajonarlo en uno de los hondos cauces que habían ya trazado las almas angélicas y arcangélicas que tanto amaba. No se trata —Gabriela Mistral lo dijo bien— de “el Adán literario, brotado de la tierra como un copo de barro fermentado sobre el que nadie ha puesto la mano”.¹⁷ Su originalidad no es de isla ni de eslabón perdido, sino de mucho y variado alimento, de aprovechamiento y superación personales. Tuvo altares y devocionarios, pero no los usó como moldes ni como modelos. Teniendo en cuenta que vivió en una América todavía entregada al préstamo literario, en lo que insiste la poetisa chilena, la originalidad de Martí resulta más señera y valiosa.

¹ M. G. N., 25 septiembre 1889, en *Revista Azul*, México, reproducido el 8 septiembre 1895.

² D. F. S., *La Nación*, Buenos Aires, 4 enero 1887, *Obras de D. F. Sarmiento*, t. XLVI, ‘Páginas literarias’, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, p. 166-167.

³ R. D., Carta a Pedro Nolasco Prendes, 12 noviembre 1888, en Alberto Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 314.

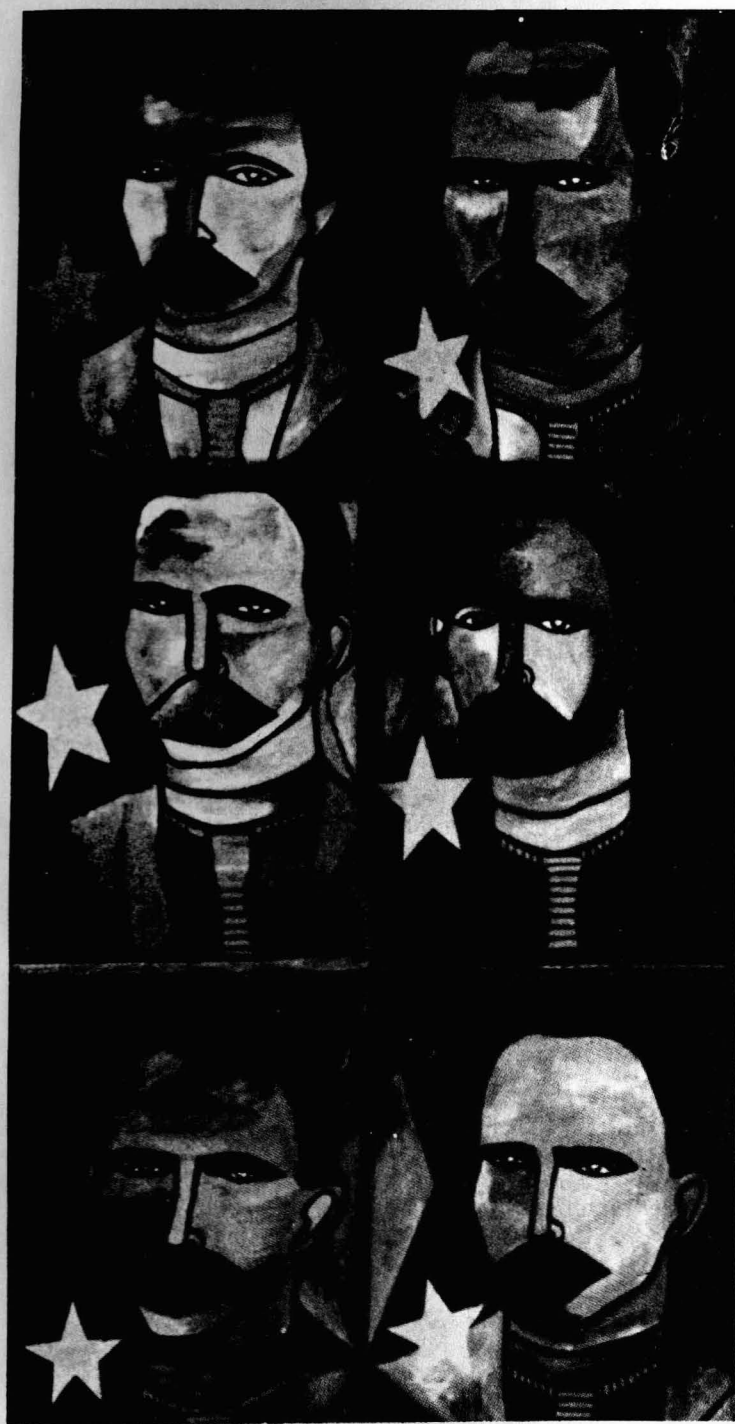
⁴ R. D., “José Martí”, artículo necrológico, V. *Los raros*, Madrid, Mundo Latino, 1918, pp. 233-243.

⁵ J. S., “José Martí”, poema, en *Revista Azul*, México, 2 junio 1895.

⁶ E. J. V., *Martí y su obra política*, discurso en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, 14 marzo 1896, New York, Imprenta América, 1896.

⁷ Ch. A. D., “José Martí” en *The Sun*, N. Y. V. José Martí, *Obras reunidas* por Gonzalo de Quesada y Aróstegui, VI, La Habana, 1908, pp. 21-25.

Andrés Iduarte / Sobre José Martí



Tuvo Martí una manera peculiar, no calcada de nadie. No recibió recetas, ni las hizo. Por eso resulta igualmente difícil buscarle sucesores. No lo siguen, sino precisamente lo deforman y lo niegan, quienes lo copian y lo imitan. "Influye en los escritores de su cercanía jerárquica —escribió Juan Marinello— como los grandes expresadores de ayer están vivos en su palabra inusitada. 'Todo Martí está en la crónica de Rubén Darío', ha dicho Juan Ramón Jiménez. Todo Martí —sigue Marinello— anda por los *recados* de Gabriela Mistral... Sólo los que tengan, como él, humildad y fuerza para dejarse penetrar por la vida sin perder el mando de sí mismos, son legítimos sucesores de Martí".¹⁸

En su poesía es el artista consciente de sus innovaciones, en marcha lenta desde las formas comunes de sus primeros poemas de Cuba y España y de los paréntesis modernistas de algunos poemas de México y Guatemala, a la trabajada facilidad del *Ismaelillo*, al embridado galope de los *Versos libres* y a la lograda sencillez de sus difíciles *Versos sencillos*. Los romances raros del *Ismaelillo* —ni de ocho ni de seis sílabas— y la seguidilla que se convierte en romance; el endecasílabo blanco martiano, el ritmo y el encabalgamiento novedoso de los *Versos libres*; y el octosílabo clásico, pero no propio de su tiempo, en los *Versos sencillos*, que coincide con el que ahora se hace —¿ese octosílabo blanco no está hoy en Pedro Salinas?— revelan más *metier* literario del que suponen quienes lo conocen a distancia. Y aun queda por señalar aquí, entre las calidades extraordinarias de su poesía, su hallazgo de lo popular, no ausente de su época, pero sí ignorado o abandonado por los modernistas. "Su modernidad —dijo Federico de Onís con gran acierto— apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces".¹⁹

También en su prosa es el remador que mira hacia atrás mientras va penetrando en nuevos parajes. En el espíritu del muchacho que escribe *El Diablo Cojuelo* se muestran sus lecturas escolares españolas; al hallarse con su misión apostólica en las canteras de San Lázaro, cobran valor Hugo y la Biblia, que en *El presidio político en Cuba* forman un misticismo siglo XIX, una religiosidad tradicional con gorro frigio; contactos jurídicos y filosóficos, más de las aulas que de su elección, se asoman en *La República española ante la Revolución cubana* y persisten en algunos escritos circunstanciales de México y Guatemala; y es en México, y sobre todo en Guatemala y Venezuela, donde más se muestran sus lecturas literarias españolas, mejor digeridas en sus artículos de *La Revista Venezolana* y, ya en Nueva York, en sus colaboraciones a *La Opinión Nacional* y en su prólogo a Pérez Bonalde, donde su prosa empieza a ser íntegramente suya. Después recibe y se incorpora las sacudidas de Whitman, las sentencias de Emerson, la manera de los historiadores norteamericanos que estudia con afanosa curiosidad para escribir sus crónicas, hasta que llega a la prosa evangélica, iluminada, "oracular, sacramental como si se tratara de una liturgia en que era a la vez

⁸ M. P. G., *Fuentes para el estudio de José Martí*, La Habana, Ministerio de Educación, 1950, 520 págs.

⁹ F. P. S., *Bibliografía martiana*, La Habana, Comisión Nacional del Centenario, 1954, 692 págs.

¹⁰ *Obras completas de Martí*, La Habana, Editorial Trópico, 1936-1947, 74 vols.

¹¹ *José Martí, Obras completas*, La Habana, Editorial Lex, 1946, 2 vols.

¹² *Antología crítica de José Martí*, recopilación, introducción y notas

de M. P. G., México, Editorial Cultura, 1960, 546 págs.

¹³ *José Martí; esquema ideológico*, selección, prefacio, glosas y notas de M. P. G. y de I. A. S., México, Editorial Cultura, 1961, 556 págs.

¹⁴ *En Trópico*, v. 2, p. 22.

¹⁵ Justo Sierra, "José Martí", poema, en *Revista Azul*, México, 2 junio 1895.

¹⁶ *En Lex*, v. II, p. 279.

¹⁷ G. M., *La lengua de Martí*, La Habana, Secretaría de Educación, 1934, p. 6.



oficiante y holocausto”²⁰ —dijo Jorge Mañach— de sus cartas y diarios de Santo Domingo y Cuba. Hay un paréntesis que no por breve debe merecer menos consideración a quien estudie su prosa, y es la novelita *Amistad funesta*, escrita por encargo, fuera de su misión política y en donde, quizá por todo esto, asoma cierto diletantismo modernista que sabía manejar pero que —está a la vista— poco le interesaba.

De todas estas lecturas y de las muchas que falta aún por rastrear, así como de los contactos humanos de toda especie que tuvo el viajero de varios países, resultó un sumando rico y vario diluido en un espíritu personalísimo.

En el Martí orador hay indudablemente abundancia y, a menudo, también en sus artículos y cartas. *Plétora* hemos dicho nosotros, pues no era precisamente excedente, sino necesidad de decir todo lo que su pensamiento y su sentimiento llevaban dentro. Esta es “la generosidad tropical”,²¹ de que habló Gabriela Mistral. Allí hay una aparente semejanza con el párrafo largo de su época; pero adviértase que el suyo es enumerativo, primitivo, enlazado por la *y* y la *o*, muy diferente de la inflada curva castelarina. Apartemos sus primeros escritos y podremos afirmar, con Mañach, que “es exuberante y tupido, ya nunca vano”.²² De esa oratoria de su época lo separa su concisión, la de quien nunca habla sin razón ni sin propósito; del parlamentarismo al uso, su manera críptica; del prosaísmo frecuente, el hecho extraordinario de que este escritor de versos sencillos y de cartas familiares no usa lugares comunes. No está ni dentro del prosaísmo ni dentro del clasicismo convencional del siglo XIX, sino contra el desgarbo y la pereza de la palabra trillada y, a la vez, contra la copia muerta, sin invención, de la prosa de su tiempo.

Primitivo, elemental, conciso aun en los momentos en que parece un torrente, claro hasta la luz del relámpago y, a la vez, con túneles de dramática oscuridad, confidencial sin chabacanería, familiar en medio de la elocuencia, con un tono guerrero para hablar de Bolívar y otro filial para hablar de Hidalgo, intérprete de la calma de las viejas ciudades conventuales tanto como del tráfago neoyorquino, culterano doblado en juglar, amplio sin viento, rico sin relleno, aristocrático sin rebusco. Cargado de razón estuvo Rubén Darío cuando lo incluyó entre sus raros: apenas hoy comenzamos a darnos cuenta de todo su acierto.



El patriota de Cuba e Hispanoamérica

José Martí nació en La Habana; allí estudió las primeras letras y a través del poeta Rafael María de Mendive recibió la mejor tradición intelectual y política de la Isla, tan profunda y luminosamente que sobrevive en él siempre, por encima de toda otra influencia. Cuba está siempre en él como trasfondo inevitable, como el tuétano de su espina dorsal. Sus conceptos de

amor y de muerte, de justicia social y de belleza, se asientan en “la esmeralda inmensa que flotaba en el mar”²⁴ —así la vio al salir para su primer destierro, a los diecisiete años—, y al volver a ella a los cuarenta y dos, en plena integración de su naturaleza, escribe sus mejores páginas y tiene la más dichosa muerte. Sin esta Cuba por la que vive, canta y muere, no hay José Martí. Es la razón de su ser, y su meta humana. Es más que su realidad: su suprarrealidad, aunque —hombre del siglo XIX y jefe de una causa política—, vivió empeñado en demostrar que era una realidad auténtica y tangible. Cuba es, en suma, la Dulcinea siempre presente del gran Quijote americano.

Progreso de Yucatán, quizá Campeche, Veracruz y el ascenso a la altiplanicie, son los sitios que sacuden el corazón del recién llegado. En nuestra capital vivió de enero de 1875 a diciembre de 1876, por el camino de Acapulco volvió de Guatemala para casarse en el Sagrario Metropolitano en diciembre de 1877 y por la misma ruta se fue a Guatemala, y en busca de ayuda para la independencia cubana nos vio por última vez en julio de 1894. Sus veintidós años encontraron aquí la vida plena que nunca había tenido antes y, en suma, México fue el fuerte molde donde acabó de hacerse el periodista, el liberal y el hispanoamericano. Como uno de los mejores *chinacos* luchó en la prensa mexicana por los ideales de la Reforma, y desde Nueva York los propagó después por todo el continente. En México su poesía empezó a ganar, al mismo tiempo que la de Gutiérrez Nájera, valores propios, y aquí llegó al teatro con su *Amor con amor se paga*. En los vestigios de las civilizaciones indígenas, que asombraron sus ojos, y en su admiración por sus más ilustres hijos —Juárez, Ramírez, Altamirano—, encontró la más pura esencia de su americanismo. El alzamiento que depuso al Presidente Sebastián Lerdo de Tejada lo llenó de horror al caudillismo militar, y salió con la decisión de combatirlo en donde lo hubiera. Y camino ya del sacrificio, en su despedida de 1894, llamó a México “querido [y] adorado”, le advirtió de los peligros que lo amenazaban y le prometió, “como un hijo que no nació de ti”, que “moriría por defenderlo y amarlo”.²⁵

México y luego Guatemala, donde vivió año y medio y en donde acabó de hacerse el orador, y en 1885 Venezuela, en la que estuvo cinco meses y le dio el ímpetu de su guerra a muerte, integraron su doctrina americanista; y la consolidó su residencia en Nueva York, donde entró en contacto directo con los hijos de todos nuestros países: —no es un azar que el Uruguay, la Argentina y el Paraguay lo hayan nombrado su Cónsul. Allí vivió con los ojos puestos en nuestra América, estudiándola y representándola, instruyéndola de cuanto le era útil saber y defendiéndola de ataques e incomprensiones con la más ardiente fidelidad y el más vivo genio. Martí está en la almendra de nuestra historia, más que nadie en su época: padre ve en Bolívar cuando se acerca a su estatua de Caracas, y cuando en Nueva York lo busca Rubén Darío en 1893, “hijo” le llama. Con emoción y orgullo recordaba el nicaragüense esta palabra.²⁶

¹⁸ J. Marinello, “Sobre Martí escritor. La españolidad literaria de Martí”, en *Vida y pensamiento de Martí*, v. I, La Habana, 1942, p. 164.

¹⁹ F. de O., *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1934, pp. 34-35.

²⁰ J. Mañach, *Historia y estilo*, La Habana, Editorial Minerva, 1944, p. 180.

²¹ G. M. obra citada, p. 30.

²² J. Mañach, obra citada, p. 178.

²³ R. D., “José Martí”, en *Los raros*, Madrid, Mundo Latino, pp. 233-243.

²⁴ En *Trópico*, v. 1, p. 38.

²⁵ En *Trópico*, v. 55, p. 23.

²⁶ R. Darío, *Autobiografía*, Madrid, Mundo Latino, 1918, pp. 109-111.

²⁷ R. Darío, “José Martí”, en *Los raros*, Madrid, Mundo Latino, pp. 233-243.

²⁸ En *Trópico*, v. 19, p. 199.

²⁹ En *Trópico*, v. 8, p. 213.



PINTURAS DE RAÚL MARTÍNEZ

Por haber sido los Estados Unidos el centro de operaciones de Martí durante tres lustros, tienen capital importancia en su vida y en su obra. Baste decir que sus colaboraciones sobre cuanto ocurría en ellos ocupan diecisiete volúmenes de la Editorial Trópicos —del xv al xvii y del xxvii al xl— aparte de que en todos los demás se trata o se roza el tema. “Espesas inundaciones de tinta”,²⁷ las llamó admirativamente Rubén Darío. En ese *film* descomunal y barroco a la vez, Martí muestra a la América española la vida diaria norteamericana, con sus aciertos y sus yerros, con sus grandezas y sus miserias. Hay una correlación entre este emigrante universal y moderno, incansable y revolucionario, y la ciudad obrera, cosmopolita y en marcha frenética. Hombre y Nueva York fueron y son tumultuosos y volcánicos.

Martí fue siempre hispanoamericanista. En el aspecto artístico y literario sí lo conmovió la fuerza del continente en uno. Creyó que debía ser, que tenía que ser, por joven y nuevo, libre y justo, diferente y mejor que Europa. En que fuera el continente de la libertad, de la esperanza y del porvenir, soñó muchas veces. Pero nunca dudó de que había “dos pueblos, y no más que dos”,²⁸ uno del Bravo al Norte y otro del Bravo al Sur, y en estos o en otros términos el mismo concepto se encontrará a lo largo de su obra. Amistad prudente y propaganda legítima, para que los Estados Unidos la conocieran y la respetaran, fue su prédica constante a la América española.

Ningún otro hispanoamericano ha sentido y conocido tanto a los Estados Unidos como Martí, y difícilmente se le encontrará rival en otras lenguas. La gama de alabanzas y censuras, de admiración y resentimiento que pueblan sus crónicas, hacen de ellas un documento literario y político de valor singular.



Iguala con la vida el pensamiento

Pero cuanto elogio se haga del escritor, del pensador y del patriota queda en segundo término con sólo recordar que un hombre que pasa de la cuarentena rubrica con su sangre el pagaré de sacrificio que a los dieciséis años firmó el adolescente habanero.

El 29 de enero de 1895, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, Martí despacha en Nueva York la orden de levantamiento del pueblo de Cuba, que él ha elaborado en años de pensamiento y acción, y al día siguiente zarpa rumbo a Cabo Haitiano. El 7 de febrero se reúne con Máximo Gómez, general en jefe de la guerra, en Montecristi. Viajan entre Santo Domingo y Haití, despachan cartas y documentos, acopian materiales y organizan grupos para la insurrección. El 29 de marzo firman el *Manifiesto de Montecristi*. El primero de abril embarcan en una goleta, el 2 llegan a Inagua Grande en las Bahamas, una delación los hace volver el 5 a Cabo Haitiano, reembarcan el

10, el 11 amanecen en Inagua en busca de un bote ya comprado, y siguen viaje rumbo a Puerto Antonio de Jamaica. A las ocho de la noche acorta su marcha el frutero alemán —el “Nordstrand”— que los lleva, deslizan el bote y, tres horas después, Martí y sus cinco acompañantes hacen tierra en Playitas, cerca de Baracoa, tres horas más tarde.

Cuando Martí desembarca comienza la consumación de su ideal. Luz, júbilo, embriaguez, serán las palabras con que pintará su dicha. Anda y cabalga sobre la tierra amada donde tan poco había vivido. ¡Menos de la mitad de su vida! ¡Más de la mitad en la nostalgia! Ya no puede haber duda de su pureza. Se juntan en él la inocencia de la niñez y la clarividencia de la agoría. El 13 se dan la mano con los guerrilleros cubanos. El 16 lo proclaman Mayor General del Ejército Libertador. Asiste a los encuentros, cura a los heridos, redacta circulares y cartas, dirige la política de la guerra y no deja de escribir su precioso diario de campaña. En el corazón lleva a los amigos de su alma, y en el pecho el retrato de su niña, María. “Ya entró en mí la luz —escribe a Estrada Palma— y la salud que fuera de este honor buscaba en vano. El honor es la dicha y la fuerza”.²⁹ Y a Carmen Mantilla y sus hijas: “El honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza a que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, de dulce embriaguez... Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño”.³⁰ El 16 es proclamado Mayor General del Ejército Libertador. Y los mam-bises lo llaman, aunque él no quiera, *el Presidente*.

El 19 de mayo el general Gómez intenta asaltar un convoy español, sin éxito, y vuelve al campamento de Las Bijas a la vez, el general Bartolomé Massó y Martí arengan a sus tropas. mes, el general Bartolomé Massó y Martí arengan a sus tropas. La columna española de Ximénez de Sandoval forma sus cuadros. Gómez vadea el río y carga al machete al frente de sus jinetes. Martí monta el caballo bayo-claro, de crines rubias, que le regaló José Maceo en Arroyo Hondo. Viste saco oscuro, pantalón claro, sombrero de castor negro y, atado al cuello, con cordón, lleva revólver de cabo de nácar. Generalizada la pelea, Gómez ordena a Martí que se retire, pues “ese no era su puesto”, y se consagra a dirigirla. Martí, con su ayudante, galopa hacia las líneas españolas, y la descarga de un pelotón emboscado lo derriba. Tres heridas graves declara la autopsia: una en el pecho, al nivel del esternón; otra en el cuello, que salió por encima del labio superior; y otra en un muslo. Y para que el cuadro luminoso sea completo, están a su lado no sólo bravos hombres “en la hora de su grandeza”³¹ —se refiere a Gómez—, sino nombres de liturgia y épica: Marcos del Rosario se llama el negro dominicano que bajó con él en Playitas, y Ángel Guerra —lo angélico y lo arcangélico están juntos en la entraña de Martí— un guerrero blanco. Y el que lo acompaña y trata de rescatar su cadáver, es casi un niño: se llama Ángel de la Guardia.³²

Nueva York, noviembre de 1966

²⁹ En *Trópico*, v. 56, p. 163.

³¹ En *Trópico*, v. 8, p. 214.

³² En “Sobre José Martí” sigo a menudo trabajos míos anteriores, principalmente: Andrés Iduarte, *Martí escritor*, México, Cuadernos Americanos, 1945, 402 págs.; Segunda edición, La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1951, 356 págs.; y “Vida de José Martí” en José Martí, *Prosas*, Washington, Unión Panamericana, 1950, prólogo de Andrés Iduarte, pp. 15-35.